

rando, lo mismo que las otras obras primeras mías, que la moda de las novelas le proporcionase una buena venta y mayor publicidad. ¡Pero no importa! Así y todo, es ese mi libro preferido, no desde el punto de vista literario, sino porque me recuerda las mejores horas de mi juventud: carcajadas, embriagueces, caras amigas que no volveré á ver.

Hoy Mõntauban está desierto. La *querida mamá* murió; sus hijos, cada uno por su lado; el vino de Châteauneuf se agotó. Si volviese á ir por allí, no encontraría á nadie. Sólo los pinos, según me dicen, han crecido mucho; y sobre la orla

que forman sus copas, mi molino, con nuevas lonas, semejante á corbeta que navega á toda vela, mueve sus aspas como poeta vuelto á la realidad, como soñador vuelto á la vida.



MI PRIMER ESTRENO

¡Oh! ¡Cuánto tiempo hace de eso! Estaba lejos, muy lejos de París, en plena alegría, en plena luz, al extremo de la Argelia, en el valle del Chelif, un día hermoso de Febrero de 1862.

Una llanura de treinta leguas de extensión, limitada á derecha é izquierda por una doble línea de montañas, transparentes en medio de la bruma color de oro y violetas, como la amatista. Lentiscos, palmeras enanas, torrentes secos, cuyo pedregoso lecho se ve bordeado de adelfas: de tarde en tarde una ca-

ravana, un rancho, un pueblecillo árabe; allí, en lo alto, alguna ermita encalada, deslumbradora, parecida á enorme dado terminado en media naranja; y aquí y allá, en llanura bañada por un sol abrasador, movedizas manchas sombrías, que son rebaños, y que cualquiera tomaría, á no ser por el azul inmaculado del cielo, por grandes nubes en precipitada marcha.

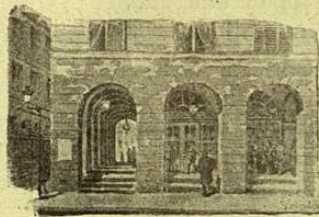
Habíamos estado cazando toda la mañana; además, como el calor de aquella tarde era terrible, mi amigo el bajá Bualem había plantado la tienda de campaña. Uno de sus lados, levantado y sujeto por cuerdas atadas á unas estacas, formaba una marquesina; todo el horizonte entraba por aquella abertura. Delante de nosotros los caballos, trabados, estaban inmóviles y con la cabeza baja; los lebreles dormían tranquilamente hechos una rosca, tendidos boca abajo en la arena; rodeado de sus pucherillos, nuestro cafetero, preparando el moka sirviéndose de una pequeña hoguera de leña seca, de la que salía una columnilla de humo, y nosotros hacía-

mos cigarrillos sin decir una palabra, Bualem-Ben-Cherifa, sus amigos Si-Slimán, Sidi-Omar, el *agá* de los Atafes y yo, tendidos en los divanes, resguardados por la sombra de la tienda blanca, que parecía tostada por el sol y que lucía, sobrepuestas en la tela, la media luna simbólica y la huella de una mano ensangrentada, adornos obligados de toda morada árabe.

¡Fiesta deliciosa que no debía de haber concluído jamás! ¡Horas de deleite que todavía se destacan, y después de veinticuatro años, luminosas como el primer día, sobre el fondo ceniciento de la vida! Y véase cuán ilógica y perversa es nuestra pobre naturaleza humana: todavía hoy no puedo recordar aquella siesta pasada á la sombra de una tienda de campaña, sin pesar y sin nostalgia, y allí (tengo que confesarlo), allí echaba de menos á París.

¡Sí! Echaba de menos á París, aunque había tenido que abandonarlo precipitadamente porque mi salud se veía muy en peligro á consecuencia de las fatigas de cinco años de noviciado literario;

echaba de menos á París por las cosas queridas que en él dejaba, por sus nieblas y su gas, por sus periódicos, sus libros nuevos, por las discusiones en el café ó por la noche en el vestíbulo de los teatros; por esa deliciosa fiebre de arte y ese perpetuo entusiasmo que sólo veía



yo en aquel momento por sus lados agradables: lo echaba de menos, sobre todo, por la obra que tenía en el teatro—mi primer estreno—y de la cual habían co-

menzado los ensayos en el Odeon el mismo día que salí de París.

Ciertamente que el paisaje que contemplaba era hermoso y de una singularísima poesía; pero de buena gana habría cambiado la Argelia y el Atlas, Bualem y sus amigos, el azul del cielo, lo blanco de los marabuts y lo sonriente de las adelfas por la columnata del Odeon, y el corredorcillo por donde entran los artistas, y el gabinete de Constant el conserje, hombre de mucho

gusto; cuarto lleno de autógrafos de actores y de retratos de actrices en traje de teatro.

¡Claro está! ¡Como que me veía de repente en Argelia, haciendo la vida de



un gran señor de los tiempos heroicos, cuando podía estar pasando triunfante, con el ademán hipócritamente modesto del autor que va á estrenar por primera vez, por aquellos corredores que tantas veces había recorrido tembloroso y tímido! ¡Estaba entregado á la sociedad de personajes árabes, muy pintoresca

sin duda alguna, pero de conversación insuficiente, cuando el apuntador, los maquinistas, y el director, y el gerente, y toda la innumerable tribu de cómicas demasiado pintadas y de cómicos de rasurada barba, se ocupaban en mi obral. Respiraba el aroma penetrante y fresco de los bosques de naranjos agitados por la brisa, cuando sólo dependía de mí el deleitarme con ese olor á mohó y rosa encerrada largo tiempo, tan extrañamente agradable, que exhalan las paredes de los teatros! ¿Y el acto de leer la obra á los actores, la botella y el vaso de agua, el manuscrito iluminado por la luz del quinqué? ¿Y los ensayos, primero en el salón, delante de la chimenea, después en el escenario, el escenario con sus profundidades insondables, misterioso, atestado de trastos y delante de una sala desocupada, sonora como una cueva y que da frío al verla, con su gigantesca araña enfundada y sus palcos, y sus plateas, y sus butacas tapadas con fundas de tela gris? Luego vendría la noche del estreno, la fachada del teatro vertiendo sobre la plaza el alegre res-

plandor de su iluminación de gas, los carruajes que llegan, la muchedumbre que se aglomera delante del despacho de billetes, la impaciente espera en un café de enfrente, solo con un buen amigo, y la emoción profunda que siente el corazón, como si fuera un golpe dado en un timbre, cuando las siluetas, vestidas de frac, muy animadas, destacándose en los espejos del *foyer*, anuncian que cae el telón y que acaba de ser proclamado el nombre del autor entre aplausos ó gritos.

—Vamos, dice entonces el amigo, valor; ahora debemos enterarnos de lo que ha sucedido, dar las gracias á los actores, estrechar la mano de los compañeros que esperan impacientes en el saloncillo del café de Tabourey...

Ahí tenéis mi ensueño de toda aquella siesta á la sombra de una tienda de campaña, en medio del calor sofocante de un hermoso mes de invierno africano, mientras allá, á lo lejos, entre los rayos oblicuos de sol, un pozo—que ahora mismo era blanco—va volviéndose color de rosa, y mientras no se oía más ruido, en medio del profundo silencio de la llanu-

ra, que el retintín de una campanilla y las melancólicas voces de los pastores.

Mi sueño no era turbado por nada. Mis compañeros sabían, entre los cuatro hasta unas veinte palabras de francés; yo apenas podía decir dos palabras en árabe. El amigo que me había acompañado y que me servía ordinariamente de intérprete (un español tratante en granos, á quien conocí en Milianah), no estaba con nosotros, porque se había empeñado en seguir cazando; de modo que fumábamos nuestros cigarrillos en silencio y bebíamos sorbos de negro café moro en microscópicas tacitas colocadas en una especie de huevera de plata filigranada.

De pronto un gran estrépito: los perros ladran, los criados corren, un spahi larguirucho con albornoz colorado pára su caballo en firme á la puerta de la tienda:

—¿Sidi Daudi?

Era un telegrama de París que me seguía la pista de aduar en aduar desde que salimos de Milianah. Decía estas palabras: «Obra representada hoy, gran éxito. Rousseil y Tisserant admirables.»

Leí y releí aquel querido telegrama veinte veces, cien veces, como se hace con una carta amorosa. ¡Figuráos que era mi primer estreno!...

Viendo que mis manos temblaban de



emoción y que en mis ojos se retrataba la felicidad, los árabes me sonreían y hablaban entre sí. El más sabio de ellos llamó en su auxilio á toda la ciencia para decirme:

—¿Francia... noticias... familia?...

¡Cal no: no eran noticias de mi fa-

milia lo que hacía latir mi corazón tan deliciosamente!

Y no pudiendo habituarme á la idea de que no tenía á nadie á quien hacer participe de mi gozo, se me metió en la cabeza explicar con las cuatro palabras de árabe que yo sabía y las veinte palabras de francés que suponía que sabían ellos, lo que es un teatro y la importancia de una primera representación en París, al jefe de los Atafes, á Sidi-Omar, á Si-Sliman, á Bualem Ben-Cherifa. ¡Trabajo arduo, como se supondrá! Buscaba comparaciones, multiplicaba los gestos, blandía el papel azul del telegrama y decía:

¡Karagueuz! ¡Karagueuz! ¡Como si la eternecedora obra en un acto hecha para conmover los corazones y arrancar lágrimas de virtud, hubiera tenido relación alguna con las horribles contorsiones en que se complace el monstruoso polichinela turco; como si se pudiera, sin blasfemar, comparar el clásico Odeon con las clandestinas guaridas de la alta ciudad mora, en las cuales todas las noches, á pesar de las prohibiciones de la

policía, acuden los buenos musulmanes á deleitarse con el espectáculo de las lúbricas proezas de su héroe favorito!



Esos son los espejismos del África. En París me esperaba la desilusión. Porque regresé á París; regresé en seguida y antes de lo que la prudencia y los médi-

cos deseaban. Pero ¿qué me importaban la niebla y la nieve que iba á buscar? ¿Qué me importaba el tibio cielo azul que dejaba detrás?

Embarqué, desembarqué, pasé por Marsella como un rayo. Y ya me tenéis en un vagón tiritando con embriaguez. Llegué á París por la tarde, á eso de las seis, y ya era de noche. No comí. ¡Co- chero, al Odeon! ¡Oh juventud!

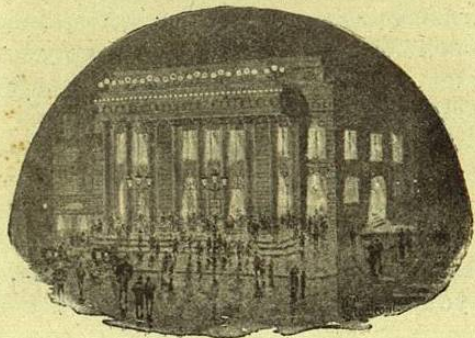
Iban á levantar el telón cuando me instalé en mi butaca. La sala presentaba un aspecto extraño; estábamos en víspe- ras de Carnaval; había baile de máscas- ras toda la noche en Bullier, y muchos estudiantes y *estudiantas* habían ido á pasar dos horas en el teatro, en traje de baile. Había trajes de fantasía, de locu- ra, polichinelas, pierrots y *pierrotas*. —Difícil, muy difícil, decía yo para mis adentros, ha de ser hacer llorar á poli- chinelas.

Sin embargo, lloraron; lloraron tanto, que las lentejuelas de sus jorobas donde daba la luz, parecían otras tantas lágri- mas brillantes. Tenía á mi derecha una *locura* que de emoción hacía sonar á

cada instante los cascabeles de su birre- te; y á mi izquierda una *pierrette*, mu- chacha fresca y gorda, de corazón sen- sible, tan enternecida, que daba risa verla con dos lagrimones que salían de sus ojazos y corrían, abriendo surcos, por la harina que llevaba en la cara.

Decididamente el telegrama no me había engañado: mi obra en un acto te- nía un éxito enorme. ¡Y yo, el autor, hu- biera, sin embargo, querido verme á cien pies debajo de tierra! La pieza que aquellas buenas gentes aplaudían, á mí me parecía infame, odiosa. ¡Oh miseria! ¿Acaso era lo que había soñado, aquel hombre gordo?... Por supuesto que era yo injusto. Tisserant, Rousseil, ambos artistas de gran mérito, trabajaban todo lo bien que se puede trabajar, y su talento había contribuido grandemente á mi éxito. Pero la desilusión era dema- siado fuerte; la diferencia demasiado grande entre lo que yo había creído es- cribir y lo que ahora aparecía con todas sus máculas visibles, puestas de mani- fiesto sin piedad, á la luz de la batería, y yo sufría realmente.

A pesar de la emoción, á pesar de los bravos, sentíame presa de un indecible sentimiento de vergüenza y de turbación. Bocanadas de calor, ardientes sonrojos, me subían á las mejillas. Parecíame que todo aquel público de Carnaval me estaba embromando y debía conocerme. Sudando, sufriendo, loco, enmendaba los gestos y los ademanes á los actores. Hubiera querido hacerles andar más de prisa, hablar más de prisa, suprimir escenas para que mi suplicio terminase antes. ¡Qué satisfacción cuando cayó el telón y me escapé arrimado á las paredes, con el cuello del abrigo alzado, huyendo como un ladrón!



ENRIQUE ROCHEFORT

En 1859 conocí á un buen muchacho, empleadillo en las oficinas del Ayuntamiento. Se llamaba Enrique Rochefort; pero este nombre entonces no decía nada. Rochefort hacía una vida modesta y muy arreglada, habitando con sus padres en la antigua calle de Deux-Boules, cerca de su oficina, en aquel bullicioso barrio de San Dionisio, invadido